

EL VAGABUNDILLO

(Cuento)

Noel Castro

*- "¡Eh, vosotros! Un hombre os pide asilo,
un hombre del mañana os reclama un hoy..."**

Las máquinas de juegos electrónicos trepidaban en un desconcierto de ruidos, unas parecían reírse en forma tétrica, otras lanzaban sonidos monótonos de repetidos puntapiés, garrotazos, puñetazos, golpes de todo tipo y hasta metralldas de armas de fuego, con chillidos de monstruos de otros mundos que abrazan e hipnotizan con el insistente "insert coin", de luminosa intermitencia, a jóvenes y adultos; pero más a los menores -cosa increíble- de edades de más o menos seis años para arriba.

El efecto que les produce este entretenimiento es muy profundo. Cuando está en lo más crudo de ganarle a la máquina, el joven utiliza su mente y su cuerpo de tal forma que, cuando aprieta los botones controladores lo hace veloz y violentamente, se para, se sienta, se contornea, se tensa... sin despegar sus inexpressivos ojos de sus "enemigos", y por cada clima de satisfacción y victoria hay una moneda de por medio automáticamente sacada del bolsillo para introducirla en la "tragavoluntades" y monedas. El joven hace esto tan rápidamente como para no darle tiempo de reponerse a la máquina y a su séquito de maleantes.

Pero si la máquina burla al joven y repentinamente ésta le gana la pelea -porque eso es lo que es- él, segundos antes del desenlace, sabiendo que ya perdió, suelta una expresión vulgar y soez, misma que no sabe ni le interesa su verdadera acepción, y que invariablemente, se oye gritar por todos los perdedores vencidos por la electrónica, haciéndola parte del "juego" y dicha con un tono de encolerizada derrota.

Mientras tanto, el automatizado jugador no le parece nada gracioso, ni parte del juego, que un extraño esté parado, detrás, tratando de ver, ya sea la habilidad o la estupidez que signifique esa clase de entretenimiento, presuntuoso de "moderno". El joven, con el rabo del ojo, en poco menos de medio segundo le dice: ¡váyase! Y eso fue lo que hizo Orestes, después de haber dado una vuelta por los pasillos del lugar de juegos.

Le resultó mejor sentarse a la mesa que estaba un poco alejada de todo ese atolondrador ambiente, para tomarse un refresco, o porque no, un yogurt, aunque con no mucha calma y sosiego.

Mientras saboreaba su refresco y leía vagamente y sin mucho interés un periódico, se le acercó un niño. Niño a simple vista. He aquí cómo era: Aproximadamente un metro quince de estatura -igual que Orestes sentado- quizás de una docena de años, de tez morena, intensificada por la intemperie, de contextura musculosa -no se le adivinaban las costillas- andaba con una camisa "de punto", muy grande y sucia, amarrada por



las mangas al cuello, transformada en un manto colgado de una desproporcionada y rapada cabeza que le cubría sólo la espalda. De orejas grandes, de rasgos faciales más bien ordinarios para un niño adolescente. Boca y nariz pronunciadas, vivaces ojos y frente estrecha, con unas mejillas curiosamente sonrosadas. De pantalón corto gris, quizá de no lavarlo. Descalzo, a saber, Orestes no le vio los pies. Bien podía haber servido de modelo para José de Ribera, para pintar una tela como lo hizo con los pordioseros o "el contrahecho" de sus días. Criaturas como esa hay miles aquí. Siempre las ha habido.

* SHENT-TÉ, de *La persona buena de Sezuán*, (Bertolt Brecht)

CULTURA

Con todo y su descuidada apariencia se veía muy risueño y amigable.

-¿Me da algo para comer?

Dijo a Orestes, con una gran sonrisa, a todas vistas llena con la satisfacción de quien sólo a traer va.

Orestes lo mira por unos segundos...

- ¿Cuánto querés?
- No sé ¡Lo que sea su voluntad!
- No, decime vos cuánto querés.
- ¡No porque es suyo el dinero!

Orestes calla.

- ¡Vaya pues, deme un "peso"!

Responde con más confianza, sentándose.

-¿Y por qué creés que te lo debo de dar?

El muchacho no aparentaba andar hambriento.

- ¡Porque tengo hambre!
- ¿Cuántos años tenés?
- Voy a cumplir catorce.
- ¿Por qué te has quitado así el pelo?
- Tenía piojos.
- ¿No te bañabas?
- ¡De volada!
- ¿Cómo decís?...¿Con agua helada?

Riendo contesta...

- Nooo... Pues sí, a veces.
- ¿No cae agua en tu casa?
- Sí, poca.
- ¿No te gusta andar limpio? Tenés las uñas bien negras.

Fue con un gesto negativo, viéndose las mugrosas uñas y sin dejar la despreocupada y contagiosa sonrisa que el cipote contestó.

- ¿No te molesta que siga preguntando?
- ¡Usted déle!

Esto sonó a que todas las respuestas que diera valían un "peso".

- ¿No has comido?
- Bueno...me comí siete tortillas; pero en el desayuno, de ahí para acá nada.
- ¡Has comido más que yo, porque sólo me como una tortilla al mediodía!

Orestes sólo le estaba jugando una broma. Los dos rieron.

- ¿Dónde vivís?
- En San Marcos.

O sea que andaba vagando a más de quince kilómetros de su casa, porque era seguro que hogar no tenía.

- ¿Y qué andás haciendo por aquí?

Se llevó las manos entrelazadas a la cabeza, apretándose y frunciéndose la pequeña frente, echándose al respaldo de la silla...

- ¡Jodiendo!
- ¿Te gusta "joder"?

Asintió con la cabeza de un modo cretino.

-¿Y tu mamá no te dice nada?

Orestes supuso que no tenía papá.

- No.
- ¿Nada, nada?
- ¡No, sólo me pega!
- ¿Y cuando llegás a tu casa no te dan comida?
- Casi no llego, y cuando llego, ya voy comido.
- ¿Y tu papá?
- ¡No tengo!

Orestes siguió viendo el diario, y entre sorbo y sorbo hojeaba las noticias.

En una de esas el cipote vio pasar la foto de una niña, bajo la cual alcanzó a leer "niña perdida"...

- ¡Espere. Mire, niña perdida!

Siguió leyendo con inusitado interés, quizás imaginando que en su vagabundeo podía verla en algún lugar.

Orestes continuó pasando las páginas, sin que el muchacho terminara de leer...

- ¡Vos andás perdido!
- ¿Yo?
- ¡Sí!
- Yo no, ¿por qué dice eso?
- ¿Sabe alguien de tu casa dónde andás?
- No.
- ¡Entonces andás perdido!

Le sonó lógico al muchacho, aunque no sabía qué era eso.

- ¿Y cuando no vas a tu casa dónde te quedás?
- Tengo amigos.
- ¿Dónde?... ¿quiénes?
- Los buseros. Ellos me dan permiso de dormir en los buses.
- ¿A qué horas te vas de por aquí?
- Hasta que cierran.

EL VAGABUNDILLO

A todo esto eran pasada las nueve.

- ¿No te gusta estudiar?

Con un balanceo de cabeza contestó:

- Hice hasta quinto.

- ¿Y ya no vas a seguir?

- No.

- ¿Qué vas a hacer?

- Voy a trabajar.

- ¿De qué?

- De cobrador... ¡puesí!

- Pues sí ¿qué? Vos me dijiste que no te importaba que te preguntara cualquier cosa. Además vos no lo querés para comer...

- ¡Comonó! -dijo sin poder disimular-

Orestes le guiñó un ojo como diciéndole...

- ¿Me estás diciendo la verdad?

- ¡Sí!

Volvió a insistir el cipote un poco incómodo. Pasó un instante.

El jovencito se estiró todo lo que pudo. Doblando y balanceando los brazos hacia atrás, con los puños cerrados, estrechando el cuello, bostezando a todo dar y todavía se siguió desentumiendo llevando las manos juntas abajo para apretárselas entre las piernas...

Se le quedó viendo ansiosamente a Orestes, como miran los pericos.

- ¿Y tus amigos te dan drogas?

- ¡Yo no tengo ninguno de esos vicios, y cuando me quieren obligar me alejo de ellos!

- ¿Fumás?

- No.

- ¡No te creo!

- ¿Por qué?

- Hasta aquí se viene el olor.

- ¡Bueno, le voy a ser sincero... sí, a veces!

El cipote, aunque vagabundillo, parecía ingenuo, sincero...necesitado; pero de otra cosa. Orestes sabía eso. Además, un "peso" menos no le iba a dejar pobre. También estaba consciente que no podía erigirse en rescatador instantáneo del jovencito. Pero quería sondear al muchacho para entender, en parte y fugazmente, a que se debe tal abandono en la vida de esos niños.

El periódico sirvió para continuar la conversación. Para hacer el minuto ameno, le dijo:

- Vení vé.

- ¿Qué es?

- Un chiste.

Era la tira cómica de un niño -Calvin- que tiene un tigre de peluche, que para él cobra vida -y nadie lo saca de allí- y lo hace compartir sus aventuritas, que sólo tienen lugar en su fantástica imaginación; pero que en realidad se convierten en sus grandes travesuras, que resultan en el castigo se sus padres...

TIGRE: - ¿Qué haces?

CALVIN: - Papá me dijo que saliera, así que estoy cavando un túnel para China. Si papá me va a castigar mejor me voy a otra



parte del mundo. Toma la pala si quieres venir conmigo.

TIGRE: -Tu papá se va a enojar por cavar camino al garage.

CALVIN: - El se enoja no importa donde cavemos.

Esto coincidió un poco con la realidad del pequeño vagabundo, y con la razón del porqué muchos otros abandonan su hogar. Aunque no es la única.

El cipote no lo entendió... sólo medio sonrió.

Orestes no puso moneda alguna en la mano del niño, y se levantó.

- Tal vez nos volvamos a ver. -dijo Orestes.

- Vaya pues... ¡Adiós!

Al voltear, Orestes, vio que el vagabundillo se perdía entre la montaña de las atontadoras y ruidosas máquinas... tragatiempo, tragavoluntades, "tragapesos". ●